

LA CREADORA
HIELO Y LLAMAS

LA
CREADORA
HIELO Y LLAMAS
HAIMI SNOWN

ONYX
EDITORIAL

Primera edición

La Creadora, Hielo y Llamas

© 2018, Haimi Snown

© Onyx Editorial

www.onyxeditorial.com

© Diseño editorial: MunyxDesign

info@munyxdesign.es

© Corrección: Nieves Villalón / Bárbara Padrón

©Fotografía portada: Shutterstock

ISBN: 978-84-948194-0-7

Depósito legal: DL T 87-2018

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Para ti, lector, porque me mandas plumas de tus alas.



PRÓLOGO



«Al fuego lo mata el agua, pero el agua puede arder».

LA LUNA HABÍA DEJADO DE ACOMPAÑARLA. La suerte ya no estaba de su parte. Cada paso era un desafío. Los tacones de sus zapatos se clavaban en la nieve congelada que cubría la tierra. Los abetos eran obstáculos, las ramas intentaban detenerla. Su aliento incendiaba el aire, lo licuaba, y el frío lo transformaba en una lluvia de gotas heladas que le abofeteaba el rostro, mezclándose con sus lágrimas. Había perdido la chaqueta, pero no la necesitaba; su piel estaba en llamas.

Se detuvo en seco y agudizó los oídos.

Chilló en silencio, mordiéndose el puño para no soltar ningún sonido. No se escuchaban pasos detrás de ella, pero eso no significaba que no la estuviese siguiendo. Él podía moverse sin dejar rastro, podía convertirse en una sombra, podía...

—¡Te odio! —aulló, girando en círculo—. ¿Me escuchas? ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!

Un destello de luz a su derecha hizo que su corazón se encogiera. No esperó a ver de qué se trataba. Luchó apresurada con las correas de los zapatos, tiró uno sin mirar a dónde, agarró el otro y empezó de nuevo a correr.

—Detente. —El mandato fue un susurro llevado hasta ella por las alas del viento.

Continuó la carrera, agitando a la vez la cabeza en negación. No sabía si él la veía, no sabía cómo de cerca estaba, pero no pensaba escucharlo. No se detendría.

Las ramas inmovilizaban sus brazos, las agujas de los abetos se clavaban en su piel para estallar en llamas al instante. Sus talones dejaban hoyos en la nieve y detrás de ella se formaba un sendero de infierno. El bosque ardía. Su corazón brincaba con cada chasquido y crepitar. El humo era espeso y mentolado, y se lo tragaba con cada inhalación.

—Por favor, detente. Detente ahora, o será demasiado tarde. —El sonido vino de todas partes, mareándola.

Se paró y procuró ver a través de la oscuridad, mirando a todas partes en un intento de encontrar una escapatoria.

«No la hay», sollozó en su interior.

La desesperanza la venció. Sus rodillas fallaron y se cayó de bruces. La marca de la parte de atrás de su cuello la quemó, avisándola de que se encontraba ante un peligro inminente.

Lo sintió antes de verlo. El aire se hizo pesado y chispas multicolores se contorsionaron en una espiral vertiginosa hasta que tomaron su forma.

Y entonces quedó solo el silencio, tan agudo que sus oídos zumbaron. Podía ver las llamas, sabía que debía escuchar los crujidos de la madera quemándose, pero no oía nada aparte del sonido ensordecedor de su corazón y su aliento jadeante.

—No te acerques —gruñó de rodillas, usando el zapato como un arma con el tacón hacia afuera.

Intentó controlar el llanto y no escuchar a la voz demoníaca que chillaba burlona por encima de los pensamientos coherentes. No podía detenerlo con un tacón. Nada podía hacerlo.

A pocos metros, él levantó las palmas.

—No me acercaré si es lo que deseas, pero debes detenerte. Ahora mismo. Estarás atrapada si avanzas más.

Carcajadas amargas brotaron de su garganta y su voz sonó aguda al hablar.

—¿Por qué debería creerte? Me mentiste desde el primer segundo en que te conocí.

—Intentaba protegerte. —Él no se movió, sus ojos estaban inquietos y se paseaban por encima de ella, a los lados y hacia atrás. Su voz sonó cansada, pero guardaba la fina ronquera de su usual timbre hipnotizador.

—¡Intentabas protegerte a ti mismo! —espetó, mientras se incorporaba con dificultad. Debía alejarse de aquel lugar. Debía alejarse de todos ellos.

—Me importas —dijo él, deteniendo su mirada en ella.

Fue como si estuviera viendo la luz del Más Allá. El sentimiento cálido, el cambiar de la gravedad. Quiso dejarse ir, abandonarse a la deriva.

No se lo permitió. Su corazón se agrietó. Su energía, que se había calmado en el momento de la caída, volvió a nacer, corriendo a través de sus venas como si hubiera despertado un nido de serpientes de fuego.

Tragó en seco y retrocedió dos pasos.

—No. —Agitó la cabeza, pero no pudo ahuyentar las lágrimas que le nublaban la vista—. No te creo.

—Podemos hacerlo. —Él enlazó los dedos en su nuca sin perderla de vista—. Juntos podemos lidiar con todo. Te lo prometo. —Había un tono de urgencia en su voz y en su mirada, que brillaba con una mezcla de desesperación y fastidio.

—¡Mentiroso! —gritó, amenazándolo con el tacón—. ¡Les mentiste a todos! ¡Te pregunté y me lo negaste! ¡Te ofrecí mi ayuda! ¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Cómo puede ser...? —Se detuvo—. ¿Sabes qué? No me importa.

—¡Detente! —él vociferó—. Sabes lo de la valla que protege el Corazón. Está justo a tu espalda. No des otro paso atrás —pidió.

Quería escucharlo. Quería creerlo. Se cogió la cabeza entre las manos y cerró los ojos en un intento de usar la lógica. Al mismo tiempo que con la conversación, pensamientos ajenos atacaban su mente y los gritos histéricos se mezclaban con sus propias ideas hasta el punto de no poder distinguir cuál le pertenecía.

—¿Qué debo elegir?! —chilló—. ¿Cuáles eran tus planes conmigo? ¿En qué bando estás? —Agitó la mano con frenesí y el movimiento la desequilibró.

—¡No!

El gruñido de él llegó distorsionado a sus oídos, como si el sonido hubiera sido detenido en el espacio y en el tiempo.

Su cuerpo se echó hacia atrás y ondas pesadas la envolvieron como una manta que tiraba de su cuerpo y a la vez lo sostenía. Durante un segundo eterno la energía del lugar la mantuvo en la misma posición, con la espalda arqueada, las manos alzadas y la cabeza inclinada cerca de un hombro. Escuchó un nuevo «no» susurrado que fue el detonante de su caída. El hielo estalló a su alrededor cuando sus rodillas golpearon el suelo. El contacto con la tierra trajo el dolor. Millones de esquirlas heladas atravesaron su piel. Intentó moverse, pero era como si el aire hubiese adquirido viscosidad y se adhiriese a sus miembros. Sus dedos se petrificaron, se tornaron de un color azulado, y el zapato se le escapó. Jadeó y las agujas penetraron en su garganta, tomando el camino hacia abajo, en el interior de su cuerpo. Pudo contar los latidos de su corazón y cómo se debilitaban.

Reparó en que él se acercaba porque cada larga zancada tenía la resonancia de un trueno. Observó que se llevó las manos a la cara como si quisiera esconderse, dejar de verla.

—¿Qué me pasa? —No supo si habían salido las palabras, aunque creía que sus labios se habían movido.

Él se acuclilló para acariciarle la mejilla, pero ella no sintió el toque, el peso de sus dedos. El frío la acosaba desde el interior. Sentía sus órganos congelándose, después petrificándose. Buscó su mirada, pero no logró tranquilizarse al ver que el terror había endurecido sus hermosas facciones.

—Ayúdame —imploró antes de que la oscuridad se cerniera sobre ella.

1

A decorative flourish consisting of a central vertical line with a small circle at the top, from which two large, symmetrical, swirling lines extend outwards and downwards, each ending in a small circle.

MADELYNE BRAND entró en el salón trayendo con ella la sonrisa que usaba en sus días buenos.

—Vuestra nevera almacena viento y los armarios coleccionan polvo. Hice una lista con lo necesario, alguien debe salir para hacer la compra.

Sasha continuó apretando los botones del mando sin molestarse en darle a entender que la había visto u oído.

—He dicho algo. —La mujer insistió al no recibir respuesta.

—¡Sasha! —El grito vino de arriba, del cuarto de Raisa.

—Que no —gruñó el aludido, sin levantar la voz—. Fui a comprar helado hace tres días.

—Y yo ayer agua. —replicó Blaze en su usual tono sosegado. Con un movimiento experto mató al wise que Sasha había elegido como personaje en el ejercicio virtual, rompiéndole el cuello—. Estás acabado. Te toca —comentó, enseñándole los dientes en una sonrisa burlona.

—No me apetece salir. —Sasha protestó y tiró el mando en la mesilla en la que tenía apoyados los pies—. ¿Por qué se llama día libre? Para hacer lo que me da la gana. Y lo que me da la gana es no hacer absolutamente nada. —Cruzó las manos detrás de su cabeza y se dejó caer contra el respaldo del sofá.

—Eres un caballero y no dejarás que las mujeres hagan el trabajo de un hombre. —Madelyne se acercó.

—¿Un Caballero? —Blaze se desternilló de risa—. La Creadora lo consideraría un insulto.

—La Creadora... —farfulló Sasha entre dientes.

Cuando su mirada se posó en su jefa, se percató de que no se veía bien. Su piel tostada estaba amarillenta, al cabello negro como el ébano le faltaba brillo y ojeras profundas perfilaban sus ojos pardos. “¿Habría contraído un virus?”, se preguntó, sin preocuparse demasiado. Madelyne era una triunfadora, de otro modo no se explicaba cómo una nula conducía una de las facciones Éter—. Aquí no hay mujeres débiles. Raisia tiene más fuerza que un Caballero de La Creadora —comentó, esperando que el halago la convenciera de hacer el trabajo en su lugar.

—¡Estoy probando nuevos peinados! —volvió a gritar la muchacha desde arriba—. ¡No puedo hacerlo hasta que no me decida!

—Eso pasará el siguiente siglo —masculló Sasha, entendiendo que los tenía a todos en contra y que no había escapatoria.

—Vamos a intentar no transformar un asunto tan sencillo en una discusión —intervino Madelyne. El tono apaciguador que usó fue más motivo de preocupación que su evidente malestar—. Zariah vendrá a verificar las instalaciones.

—Jamás verificó nuestra nevera.

—Pero nunca se sabe. Sois mi responsabilidad y el hecho de que viváis solo con helado y agua no cumple con el contrato. ¿Os gustaría que me echaran por una estupidez?

Sasha alzó las cejas a tal altura que estuvieron a punto de acabar en la pared que tenía atrás. Su mirada hablaba por sí sola: «¿En serio, me lo preguntas?».

—¿No nos quedan galletas? —Blaze se rio, risita que ahogó cuando Sasha le respondió con una mirada pensada para helarle la sangre.

—Quiero dos horas insubordinado —pidió, desafiando con intención a Madelyne—. Cuando yo quiera —añadió.

La sorpresa hizo que su jefa balbuceara durante unos instantes.

—Acabas de usar tu cuota. ¿La necesitas tan rápido?

Sasha se levantó y movió los hombros a la vez que flexionaba las rodillas.

—He dicho cuando yo quiera. No ahora.

—Está bien —espetó Madelyne—. Te envió la lista a tu comunicador. Vuelve lo antes posible. No pienso irme antes de comprobar que todo está en orden.

—Por favor, regresa rápido —pidió Blaze poniendo los ojos en blanco a espaldas de la mujer.

Sasha cogió del mueble las llaves del coche.

—Te olvidas de la chaqueta del uniforme —le riñó Madelyne, lanzando la prenda hacia él.

—No la necesito —refunfuñó, girándose a tiempo para atraparla en el aire—. Toda la gente de la isla me conoce, saben lo que soy.

—Quizá. Pero no quiero que enfermes. Y las reglas son reglas.

—No enfermamos por el frío —gruñó en voz baja—. Y no hay reglas en mi día libre. —Se puso la chaqueta roja con la marca de los ergys impresa en la espalda, y le sonrió con fingida dulzura a Madelyne. Recibió un guiño y una sonrisa. Sabía que a ella le gustaba cuando le hacía caso, ya que era un acontecimiento especial.

Salió al porche y se quedó un rato en la escalera. La temperatura del aire no superaba el punto de congelación del agua. El sol brillaba con su luz apagada, como si hubiese contraído un virus y no le quedaran fuerzas, aun así, sus células se despertaron y la energía hormigueó inquieta bajo la piel.

—Pronto —susurró, subiendo al coche.

Puso su Vidker en marcha y después de rodar unos metros a velocidad de caracol, se detuvo para tirar la chaqueta en el asiento del copiloto.

«Las reglas son las reglas», repitió entre dientes imitando a Madelyne. A él le daban igual las reglas. Era un ergy, con uniforme o sin él. Podía producir energía, controlarla y manipularla. Podía absorberla hasta de las piedras si quisiera. Los nullos, los que habían nacido sin aquel don, lo sabían y lo conocían. Llevar un uniforme en público como aviso de lo que representaba era la ley, pero en la isla no hacía falta. Después de años viviendo en aquellas tierras, la mayoría de los

habitantes se conocían entre ellos y el número de nulos era insignificante. Salía a hacer la compra, no a empezar una guerra.

Abrió la ventana y pisó a fondo, arrancando a todo gas. El viento helado cortó la piel de su rostro, momento en que sintió los átomos de su cuerpo bailando encantados. Soltó una carcajada, disfrutando de la efímera sensación de ser libre.

Aminoró la marcha, pensando, divertido, que le faltaba sacar la cabeza por la ventana con la lengua fuera para parecerse a un perro. Luego se percató de que su situación no se diferenciaba mucho de la de uno; la cadena en su caso era imaginaria, pero existía. Estaba obligado a hacer acto de presencia cuando lo llamaban y a cumplir con lo que le pedían. Recordarlo no le alegró tanto y su sonrisa se desvaneció, cediendo su sitio a un rictus agobiado. Encendió el equipo de música y subió el volumen al máximo para dejar de escuchar sus pensamientos e hizo el recorrido tamborileando el ritmo en el volante con los dedos.

La Isla Held contaba con una sola tienda donde estaba seguro de que encontraría todos los productos. Cuando pensaba ofrecerle al motor del coche una ración de su don para hacerlo volar, pasó por delante del Parque Stank. La imagen de la multitud que estaba arrojada en la tierra congelada con las miradas perdidas en la estatua de La Creadora le erizó el vello. La escultura había sido tallada en mármol dorado. Teniendo en cuenta que el material era tan escaso como los diamantes, el rey de los ergys, Eridanus, había gastado una fortuna para construirla. Sasha suponía que lo había hecho para darles esperanza.

La obra era impresionante. Desde la altura de un bloque con cinco pisos, un par de ojos rojizos estudiaban el horizonte. Los cabellos se derramaban hasta su cintura en una maraña indomable. Era el retrato de una joven, no existían imágenes de La Creadora vieja. Se imaginó que los adoradores se ilusionaban con la línea decidida del mentón, levemente inclinado hacia arriba. Y reconocía que la postura, un pie delante del otro, con la rodilla doblada como si estuviera a punto de avanzar y la mano alzada a punto de atacar a una amenaza invisible, lograba el propósito de transmitir poder. Los ergys eran poderosos, aun cuando no presumían de ello.

Respetaba a los creyentes, pero él no lo era. La Creadora era su madre. La primera ergy, el primer ser por la venas del cual, aparte de sangre, fluía energía. No era fantasía ni una leyenda, era un hecho. Pero desde entonces habían pasado milenios. Ninguna oración iba a traerla al mundo de los vivos y ninguna ofrenda ayudaría a curar el virus que los mataba de uno en uno. La estatua les recordaba lo que habían sido, no en lo que se habían convertido; wises, era el nombre que algún diplomático había elegido para llamar a los ergys enfermos. A diferencia de los nulos, habían nacido con el don, pero lo habían perdido. Su núcleo energético se había apagado, por lo que ya no podían crear energía ni para mantenerse con vida. Por desgracia, no morían con facilidad, tampoco se dejaban vencer. Procuraban absorberla de los ergys sanos, mientras estos alzaban oraciones para que se encontrara una cura.

Sasha giró la cabeza, miró al frente y liberó una descarga eléctrica que llevó el velocímetro muy por encima del límite permitido.

Una vez en la tienda, estudió la lista. Memorizó lo que debía comprar, pero se dirigió primero a por los antojos. Hacía las neveras de los helados.

El picor de su nuca lo hizo detenerse en seco y mirar alrededor. Su marca se incendió sin previo aviso, notificándole la cercanía de un posible conflicto. Husmeó el aire. La marca de los ergys era una especie de radar que les ayudaba a encontrarse. Los nulos no significaban nada para ellos, eran cuerpos fríos, carne y huesos. En cambio, los que eran como él dejaban una huella propia, pues la energía estaba dispuesta en lazos únicos, específicos a cada persona.

Miró alrededor, tanteando para averiguar el camino de la onda de calor. La expectación hizo que su corazón se disparara y el cosquilleo llegó a las puntas de sus dedos, electrizándolos. Estaba casi seguro de que no se trataba de alguien conocido y sabía que no habían traído a nadie nuevo, puesto que él y su equipo se encargaban precisamente de los nuevos. Además, Madelyne no hubiera perdido la oportunidad de festejar tal logro y les hubiera anunciado el asunto.

Se rascó el cuello allí donde la marca se ramificaba a medida que se

encendía, y se dejó guiar por ella. Siguió el camino entre los pasillos hasta el puesto de helados, sabiendo de modo instintivo que iba a encontrar lo que buscaba allí.

La vio en el momento en que se daba la vuelta, y su entrecejo se arrugó por la preocupación. Era una chica hermosa de cabello rubio, con las mejillas ruborizadas. Se quedó mirando fijamente la zona donde sus pechos se unían, ya que era la misma donde se concentraba la energía. El núcleo era bastante fuerte, más fuerte que el de muchos ergys. El movimiento rítmico estaba guiado por el corazón de la joven. Casi podía sentir su poder, el hormigueo de las moléculas, el calor que las envolvía.

Pero no era una de ellos, entendió Sasha, evaluándola sin posibilidad de error. No era ergy, no era nula. Era mucho más. Era justo lo que estaban buscando y valía más que cualquier joya.

Era un cóctel.